

tre la administración central y las territoriales. Cuerpos de funcionarios de las más diversas especialidades han resultado despiezados en el proceso de las transferencias, y en ellos se ha perdido o lesionado la movilidad, que no sólo era un derecho de los interesados, sino un instrumento que propiciaba la homogeneidad en el seno del Reino de España y la igualdad de derechos y responsabilidades entre los ciudadanos, etc. etc. El "chequeo" a la administración del estado daría luz sobre la aplicación de los principios de eficacia en el ejercicio de la función pública, y de mérito y capacidad en la selección y promoción de las personas que la sirven (Constitución, art. 103).

Pero tan importante —y tan urgente— como el chequeo al Estado,

es una verdadera auditoría económica y financiera de la nación. Es notorio que no está operando satisfactoriamente la coordinación de las varias administraciones públicas, que no se exige ni se observa la disciplina debida y que demanda la ley, y que se puede asegurar que, al final, ni los servicios de estadística ni el Tribunal de Cuentas conocen los grandes números de las cuentas generales del Reino.

Con elecciones generales la responsabilidad de activar el "chequeo" y la auditoría sería de los probables vencedores. Pero también lo sería si no hay elecciones y si el gobierno persiste en la inerte pasividad de ahora. Y, con el diagnóstico, la responsabilidad de presentar los proyectos que dejen bien claro lo que se pretende hacer. ■ A. F.

Zedillo entre Chiapas y el PRI

El presidente Zedillo no ha sabido calcular que los grandes peligros que acechaban a su gobierno no provienen de la guerrilla izquierdista sino de la descomposición acelerada de su partido político, para el que la democracia ha acabado convirtiéndose en una vacía ceremonia electoral.

Cuando el señor Ernesto Zedillo asumió la presidencia de México el mayor de sus problemas era el levantamiento de

Chiapas. Unas pocas semanas más tarde la existencia de ese foco guerrillero instalado en la Sierra Lacandona ha perdido toda urgencia, con-

virtiéndose en una molestia lateral erradicable a medio plazo mediante la paciente labor de contrainsurgencia emprendida por el ejército mejicano a partir del 9 de febrero, fecha en que se anuncia el descubrimiento de arsenales y casas de seguridad pertenecientes al Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

¿Por qué el presidente Zedillo cambió la estrategia de su predecesor y lanzó una ofensiva militar contra los guerrilleros del subcomandante Marcos en lugar de continuar insistiendo en la vía de la negociación política? Tres parecen ser las razones que explican ese súbito cambio de estrategia. La primera es la presión de un gran sector de la sociedad que no veía con buenos ojos la quiebra de la seguridad jurídica y la abdicación de sus responsabilidades por parte del Estado mejicano. Tras algo más de un año de tensa tregua los rebeldes no se avenían a razones ni se sentaban a la mesa de negociaciones. Cambiaban camaleónicamente de discurso político, adaptándolo al auditorio, mientras día a día aumentaban su penetración en los medios de comunicación internacionales. Los zapatistas no querían ni paz ni guerra: pretendían crecer vegetativamente ante la parálisis del gobierno federal. Querían ganar por desmoralización y abandono del contrario.

La segunda explicación tiene que ver con la propia dinámica del conflicto. El año transcurrido desde el alzamiento de Chiapas, aun sin combates, no fue un periodo ocioso para el ejército. Pacientemente, los aviones de reconocimiento fueron fotografiando milimétricamente la zona, levantando mapas, reconociendo los caseríos y veredas, identificando movimientos de tropas, localizando "buzones" de armas, formas de avituallamiento, clasificando amigos y enemigos. Simultáneamente, la inteligencia militar creó sus redes de información y desinformación, colocó sus escuchas, infiltró con sus agentes las filas del zapatismo y desarrolló una "doctrina" de acercamiento y persuasión destinada a conquistar a una población civil absolutamente vital para conseguir el triunfo. ¿Los maestros para esa tarea? Sin duda, los mayores expertos en la zona de operaciones: el vecino ejército guatemalteco situado al otro lado de la raya fronteriza y con más de tres décadas de experiencia. A principios de 1995 el ejército mejicano estaba listo para recuperar todos los pueblos en poder de los guerrilleros y empujarlos hacia la selva.

La tercera razón de Zedillo era quizás la más arriesgada: desde mediados de enero el presidente, magnífico economista, sabía que la devaluación de la moneda era inevita-

ble, como consecuencia, precisamente, de una inestabilidad política que provocaba la fuga de capitales y la compra masiva de dólares. Pese al aumento casi galopante de las exportaciones, las reservas se esfumaban. Una rápida victoria militar y el apresamiento del subcomandante Marcos harían recuperar la confianza en un gobierno estremecido por los escándalos, la corrupción secular del PRI y los asesinatos de Colosio y de José Francisco Ruiz Massieu.

Las divisiones internas del PRI

Todo fue inútil. El presidente Zedillo no pudo o no supo calcular que los grandes peligros que acechaban a su gobierno no provenían de la guerrilla izquierdista sino de la descomposición acelerada de su propio partido político. El PRI se deshacía en medio de las querellas entre la vieja y la nueva guardia, entre los tecnócratas y los políticos de viejo discurso, entre los corruptos que veían al estado como un modo de enriquecerse y los que querían —como el mismo Zedillo— renovar el partido y adecentar la vida pública.

¿Por qué el PRI llegó al lamentable estado en que hoy se encuentra? Sin duda, porque fue perdiendo paulatinamente el sentido profundo de la democracia, un sistema cuyo elemento fundamental es la estrecha

subordinación del gobierno al mandato y al escrutinio constante de la sociedad. Para el PRI la democracia acabó por ser una vacía ceremonia electoral en la que el pueblo refrendaba las decisiones de una pequeña minoría cada vez más alejada del corazón de la ciudadanía. La cúpula del PRI elegía los candidatos a un Congreso prácticamente inoperante, y el presidente saliente designaba a su sucesor sin contar con las preferencias de unos votantes que ni siquiera podían cuestionar la labor de gobierno porque reinaba la casi total impunidad.

¿Qué puede hacer Zedillo en el agónico sexenio que le queda, si una bala no se le cruza en el camino, circunstancia que —supongo— debe tener muy presente a juzgar por los síntomas que asoman? Naturalmente, el problema económico que afecta al país es muy serio, pero no podrá ser resuelto si antes no consigue revitalizar el sistema democrático y logra que los mejicanos se reconcilien con el gobierno y reconozcan a las instituciones del estado como un patrimonio propio del que deben sentirse orgullosos. Su gran tarea no consiste solamente en atrapar al tal Marcos y revalorizar el peso, sino en erradicar el cinismo de una población justamente descreída y emocionalmente alejada de las personas que la gobiernan. Esa enajenación, por utilizar la palabreja acuñada por

Marx, es lo que pudre el sistema y le abre la puerta al resto de los males. Zedillo tiene que entender que la democracia no es sólo formalidad y apego a ciertas reglas, sino, ante todo, consiste en una transacción racional entre gobernantes y gobernados en la que el papel de la vigilancia, auditoría, crítica y censura debe recaer siempre del lado de los go-

bernados. Si Zedillo consigue el milagro de convertirse en el primero entre los servidores públicos, y si consigue que su gobierno acepte ese papel con humildad, acaso logre revivir el PRI. De lo contrario, le tocará la triste tarea de enterrarlo en medio del desprecio general del pueblo mejicano. ■ C. A. M.

La crisis monetaria y la amenaza del control de cambios

Cuando el mercado no se comporta como a los políticos les gustaría, su primera reacción es limitar la libertad de acción de los agentes económicos. Desde nuestro gobierno se pide hoy ya abiertamente volver al control de cambios.

Por más que los partidarios del actual Sistema Monetario Europeo (SME) y de los acuerdos de Maastricht se empeñen, la actual crisis monetaria ha vuelto a dejar algo muy claro: el sistema de tipos de cambio fijos ajustables ha fracasado estrepitosamente como vía para conseguir la unión monetaria europea. Y esto es así al margen de que el SME nos guste o no, de que creamos o no en la conveniencia de una moneda única en Europa o de que defendamos los tipos fijos o los tipos flexibles en los acuerdos

monetarios internacionales. Sólo desde la ceguera o desde la obcecación política se puede estar dispuesto a hacer recorrer a la peseta el largo camino por el que se arrastra desde hace más de dos años.

Pase lo que pase en las próximas semanas, el problema no va a quedar solucionado a corto plazo. Por ello conviene dejar, por un momento, las preocupaciones del día a día y plantearnos lo que puede suceder en el próximo futuro. El tema es importante porque los problemas monetarios pueden acabar teniendo im-